

FINALISTA ESTATAL



MI VIDA EN PINTURA

Alba Matías Aguilera

IES Plaza de la Cruz (Navarra)

Era una mañana fría de invierno, y yo estaba realmente aburrido paseando por las desiertas calles nevadas de París. Como yo era muy pequeño, no cabía la posibilidad de que ningún humano me viera, de hecho, ni siquiera podrían percibirme.

No me lo pensé dos veces y entré en el primer taller de pintura que vi. Me encantan los cuadros, así que pensé que aquello me mantendría ocupado durante largo tiempo. La pintora que aquí trabajaba no se percató de mi llegada; parecía estar ensimismada en su tarea ordenando sus útiles de dibujo.

Me gusta mirar cuadros. Podría pasarme horas delante de ellos, dejando volar mi imaginación. Puede que yo sea extraño, pero mi rareza se acentúa más en mi aspecto: mido lo mismo que media uña del meñique de un bebé. Podréis preguntaros qué soy exactamente. Pues bien, no os lo diré porque no lo sé.

Seguí caminando por galerías interminables de enormes cuadros. Antiguas pinturas renacentistas, de la época barroca o romántica, llenaban las habitaciones, creando una atmósfera de historias interminables. Me sentía pequeño, a los pies de mundos que nunca he llegado a conocer y que nunca conoceré.

Sin embargo, me sucedió algo sumamente extraño mientras observaba uno de los cuadros. Este cuadro no estaba terminado, y se encontraba en una sala privada a la que sólo yo, por mi tamaño, podría permitirme acceder. Estaba sumido en mis pensamientos, descubriendo, poco a poco, la realidad de aquel inmenso cuadro cuando, de repente, de alguna manera que desconozco, me metí en él.

No me di cuenta hasta que un arbusto me arañó mi delicada piel. Al percatarme de que no era yo quien observaba el cuadro, sino que yo era el cuadro, me llevé una sorpresa. Podría haber sido peor, ya que el cuadro de al lado estaba lleno de diablos y seres malévolos, mientras que en este sólo había arbustos, árboles y alguna mariposa.

Me sentí a gusto en este pequeño mundo, que se ajustaba a mí a la perfección. Porque cuando ves un cuadro, lo ves sin movimiento, parado y sin aire. Sin embargo, cuando

estás en un cuadro, todo se mueve a tu alrededor, sientes que el aire te hace cosquillas en el cuello y el sol (si es que hay) es mucho más brillante y cálido.

Era una sensación ideal. Todo parecía tan perfecto, y tan surrealista a la vez...

De repente, se me ocurrió mirar al exterior, a la sala en la que anteriormente me encontraba. Me dio un vuelco al corazón cuando, en el espejo de en frente, apareció reflejada una advertencia, un aviso o incluso una simple nota. En ella ponía: "cuídate, la pintora puede dar contigo, dispone de una lupa increíble".

En ese momento, se me cayó el alma a los pies cuando vi que la pintora me observaba detenidamente desde fuera, con una gran lupa en las manos. Pero fue mayor mi desilusión, mi tristeza, mi rabia...al ver que cogía una goma de borrar y, como quien no quiere la cosa, me eliminaba del cuadro y, por tanto, de la vida, para siempre.